

JOSE LUIS SAMPEDRO:

«LA ECONOMIA MUNDIAL EN EL UMBRAL DEL SIGLO XXI»

«**VAMOS a la mundialización de la economía, ya que existe hoy una serie de problemas como las multinacionales, los recursos oceánicos, la crisis del sistema monetario internacional, la contaminación, que no pueden ser afrontados a escala nacional. Es de esperar que de esa mundialización vengan interpenetraciones de otras culturas, diferentes de esa tecnolatría en la que vivimos**», declaró el profesor don José Luis Sampedro, Catedrático Excedente de Estructura Económica de la Universidad Complutense, a lo largo de su Curso Universitario «La economía mundial en el umbral del siglo XXI», del que ofrecemos un resumen.

VIVIMOS una crisis mundial innegable que se manifiesta en importantes sectores como el de la energía, los alimentos, las materias primas, la contaminación del ambiente, la desintegración del sistema monetario internacional o la inflación con paro, además de la persistencia del subdesarrollo.

Esta crisis corresponde a un gran cambio de rumbo histórico en el que —como en toda crisis— declinan los componentes de la estructura caduca y emergen y se articulan los del mundo ascendente. Estamos pasando de la economía internacional del siglo XIX, relativamente estable y duradera, a la que se configurará en el siglo XXI, a través de la inestabilidad del XX, que vendrá impuesta por reajustes profundos del sistema.

Toda una serie de hechos testimonian la progresiva erosión del sistema económico mundial de 1945. Junto



DON JOSE LUIS SAMPEDRO, catedrático excedente de Estructura Económica de la Universidad Complutense, es Jefe del Gabinete Técnico de la Dirección de Aduanas, y autor de diversos estudios, entre ellos «Las fuerzas económicas de nuestro tiempo» y «El futuro europeo de España». Ha publicado novelas y obras de teatro, una de ellas «La paloma de cartón», Premio Nacional de Teatro 1950.

a una Europa dividida y que tardaba en reconstruirse, dos grandes centros, Estados Unidos y la Unión Soviética. De este modelo bipolar, pasamos a una situación, en 1970, en la que lo más destacable es el declive de esos dos centros que han perdido su respectiva hegemonía, aunque no su potencia. Europa se ha reconstruido pero ha perdido su imperio colonial. El Japón también, pero de un modo ambiguo y vulnerable. El Tercer Mundo emerge con creciente peso, a la vez que China, que hasta 1971 había sido oficialmente ignorada por la ONU, aparece ahora como nuevo modelo contra el subdesarrollo.

Varios hechos importantes concurren en 1971 para configurarlo como posible divisoria histórica entre dos

épocas. En estos años setenta entramos ya en el umbral del siglo XXI —etapa preparatoria— con nuevos componentes tan sintomáticos como las empresas multinacionales o tan importantes como la conciencia de la contaminación y la presión político-económica del Tercer Mundo. El viejo mundo pertenece ya al pasado, aunque queden rodando engranajes residuales. La postguerra ha terminado. Las Instituciones de 1945 ya no sirven y por eso en la VI Asamblea especial de la ONU, en 1974, se acordó iniciar la construcción de un nuevo orden económico mundial.

SUBDESARROLLO E INFLACION

Entre los distintos aspectos parciales que cabría estudiar para comprender la crisis global de nuestro mundo, cabe elegir el del subdesarrollo por dos razones: su radical importancia para la economía internacional y los errores en que cae la ciencia convencional al interpretar ese fenómeno, que trata como etapa inferior de la escala hacia el desarrollo, creyendo que esa ascensión puede realizarse como lo hicieron los países hoy desarrollados. Ahora bien, la reflexión más elemental muestra que los hoy avanzados nunca fueron antes subdesarrollados, porque si bien su nivel era inferior al actual, no empezaron a progresar frente a otros más poderosos. Y eso cambia todo el planteamiento.

El concepto convencional del desarrollo es esencialmente técnico y cuantitativo, confundiendo el crecimiento con el desarrollo, cuando éste implica además, cambio social. De ahí teorías políticas tan faltas de base como los diversos «paternalismos» —por llamarlos benévolutamente— que descuidan la evolución política y afirman que con el aumento de la producción, lo demás llegará por añadidura. Al mismo tiempo, esa ciencia convencional mantiene la ilusión de un desarrollo por etapas graduales, como en el modelo Rostow, cuando, según muestra la experiencia diaria,

las sociedades en desarrollo son esencialmente conflictivas.

Hay, sin embargo, autores que ya se despegan de esa sabiduría convencional y abordan los aspectos político y social del subdesarrollo, como Galbraith o Myrdal, pero tales aportaciones no acaban aceptando plenamente las consecuencias de sus propios análisis.

El subdesarrollo debe ser visto como consecuencia del desarrollo ajeno, a cuyo mantenimiento está indisolublemente ligado dentro del sistema internacional. En este sentido se iniciaron las primeras formulaciones latinoamericanas de las relaciones entre un centro industrializado y una periferia subdesarrollada, luego perfeccionadas más rigurosamente con el concepto de subdesarrollo como dependencia o marginación. Este enfoque presenta, en mi opinión, numerosos aciertos frente a la teoría convencional.

En febrero de este año se constituyó en Argel la Asociación de Economistas del Tercer Mundo, que están realizando una revisión histórica de la doble dependencia y explotación de la colonia frente a la metrópoli, en todo fenómeno de colonización. Es evidente cómo la dependencia que se establece en una colonia es resultado de perseguir un desarrollo puramente cosificado y cuantitativo, inspirado por la obsesión del beneficio. Por ello, todo orden auténticamente nuevo habrá de basarse en una orientación del desarrollo también nueva, dirigida a la plena realización del ser humano en todas sus dimensiones, y no a maximizar el lucro en la economía capitalista de mercado.

Lo mismo que en el caso del subdesarrollo, el problema de la inflación se presta bien al análisis estructural de esta crisis global, tanto por su gran importancia en las economías de mercado dominantes, como por la incapacidad de la ciencia convencional para comprenderla.

En efecto, la explicación convencional y generalmente ofrecida en los manuales, recurre a dos formas que con frecuencia se combinan: la inflación de demanda y la inflación de costes. La primera, sea en la forma de exceso de la demanda global a la manera keynesiana, o por el desbor-

damiento de la oferta monetaria según la tesis renovada por la curiosa inteligencia del profesor Friedman, echa la culpa de la inflación a un exceso de dinero en el mercado. Con esto los autores dan por concluida su misión, enzarzándose en cambio en académicas discusiones sobre los méritos de una u otra postura.

En cuanto a la explicación basada en la inflación de costes, aunque en principio examina todos los que entran a formar el precio —y en ese sentido se habla de políticas de rentas ineludiblemente fragmentarias y parciales— acaba de hecho reduciéndose a achacar la culpa de la inflación a las subidas de salarios, descartando el papel de los beneficios por muy diversas razones. Como en el caso anterior, la explicación no puede detenerse aquí, y aunque es cierto que las subidas de salarios provocan alzas de precios, la tesis resulta insuficiente, sobre todo en los países donde las fuerzas laborales tienen un poder reducido frente al capital.

Falta lo que la ciencia convencional se niega a ver, aunque de vez en cuando lo aluda, y aunque ya en discrepancia con esa ciencia existan explicaciones estructurales más completas, como las de los economistas latinoamericanos frente al Fondo Monetario Internacional. La actual inflación con paro (*stagflation*) no puede comprenderse sin reconocer que en una evolucionada situación política respecto del pasado las fuerzas laborales erosionan hoy más los beneficios que las empresas han de reconstruir aprovechando la inflación.

EL ORDEN FUTURO

Desde la VI Asamblea especial de la ONU han continuado los trabajos para establecer un nuevo orden económico internacional, destacando entre ellos la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, aprobada en diciembre de 1974, y la VII Asamblea especial, de septiembre último; y actualmente está en curso en París, la Conferencia Norte-Sur sobre la Cooperación Económica Internacional, en la que participan 27

países, incluida España. De las resoluciones acordadas y las propuestas para un nuevo orden, formuladas por los países en desarrollo, se precisa en mi opinión, completar todos esos datos formales con observaciones sobre las posibles decisiones políticas, ya que sin éstas no se llegará a un orden auténticamente nuevo, en el sentido de responder a la transformación estructural de la realidad. Y en este necesario análisis ulterior, habría que distinguir dos horizontes temporales distintos: uno a más largo plazo —el siglo XXI— y otro más próximo, distinción que reclama, a su vez, métodos diferentes y complementarios.

El método para el pronóstico a largo plazo debe interpretar el proceso histórico como moldeado por la técnica y por la organización social. Para la primera se admite un creciente progreso, con diversificación y difusión, y quizás para más adelante un control de ese progreso si se impone la idea de un desarrollo diferente. En cuanto a la organización social, la misma presión de la técnica empuja hacia una creciente socialización de la economía —aunque no necesariamente según los modelos de hoy—, con una planificación descentralizada. Al mismo tiempo, la mundialización de problemas lleva también a la mundialización de decisiones, que convertirá en anacrónicas a las naciones de hoy.

Para el pronóstico a plazo más inmediato, hay que revisar los centros de decisión, declinantes y emergentes, así como las tensiones que entre ellos cabe detectar. Si la tensión principal de los años cincuenta fue la patente entre URSS y USA, en los sesenta pasó a manifestarse en conflictos locales principalmente y, en cambio, emergió la existente entre China y la URSS, rivalizando como posibles modelos para el Tercer Mundo. En lo sucesivo la tensión principal se manifestará entre el mundo en desarrollo y los desarrollados, volviéndose a una polaridad comparable a la de 1945 aunque diferente. Su evolución será traumática, imperialista o concertada según factores más difíciles de prever, aunque dentro de la tendencia global hacia una futura autoridad mundial, a largo plazo, y a un sistema más socializado.